

ser escuchada con la misma prontitud que la más elocuente oración del gran sacerdote en los más ricos altares que la cristiandad haya elevado á la mayor gloria de Dios. En las condiciones de la vida actual, va perdiendo el indígena sus bienes terrestres, pero aun retiene el tesoro de su religiosidad y cumple con el nuevo código ritual con tanta veneración como la tributada á los ídolos de sus antecesores. "Los indios tienen demasiada religión," me decía cierta vez un sacerdote católico; "más de la que les conviene."

Preguntado el jefe de los zuñis, á quien Cushing llevó á Boston, qué había impresionado más á él y á sus compañeros en la gran ciudad de los blancos, replicó: "Que la gente no es religiosa! Grandes multitudes andan constantemente de aquí para allí, pero nadie reza. Yo los creía muy religiosos, porque nos envían misioneros; veo que no lo son."

Se refiere otra anécdota de los zuñis que caracteriza sus ideas y filosofía de la vida. Habiéndolos recibido en su casa de campo la noble Señora Hemenway, que tanto hizo por la investigación científica de los aborígenes americanos, suplicó á un ministro protestante que les explicase su religión sin lastimarlos para nada en sus propias creencias. Para impresionar á tan extraña congregación, el bueno del pastor se tomó muchos trabajos á efecto de embellecer la pieza con colgaduras y flores, colocando la Biblia en el centro y rodeándola de candelabros con velas encendidas. En seguida predicó un sermón en que se refirió á los antecesores de los americanos como á gente que había vivido en la oscuridad, entregados al robo y otras maldades, mientras que los hombres de hoy son buenos cristianos que viven felices. Los indios escuchaban atentamente, cambiándose de cuando en cuando sus comentarios, y cuando el clérigo hubo concluído, se levantó uno de ellos, y habló en estos términos: "Padre, vuestros antecesores fueron hombres! Por ellos tenéis ferrocarriles y bancos, y las demás cosas buenas. Todo lo que existe, aun los hombres y los dioses, viene de la oscuridad;



hasta el grano de maiz comienza á crecer en la oscuridad. Mientras está en lo oscuro, el grano crece torcido, pero á la luz del sol, la planta se alza derecha. El hombre que anda en la oscuridad tropieza á cada paso; pero en la luz, camina erguido hacia adelante. Además, Padre, usted no puede ver encima de un cerro, sino hasta que sube!"

De seguro, todos los indios mexicanos son desconfiados. Dicen: "Les vemos á los hombres la cara, pero no el corazón." Es discutible, sin embargo, si el sentimiento del adagio español "caras vemos, corazones no sabemos" existía tan arraigado en los indios antes de que conocieran á los blancos. Todos los viajeros están conformes en que no es peligroso aproximarse á las tribus primitivas hasta que no han sido engañadas por extranjeros.

Por lo demás, grande amigo como soy de los indios, no puedo menos que confesar que aun en su estado natural tienen dos grandes defectos: no dicen la verdad sino cuando les conviene, y acostumbran robar, aunque á mí nada me quitaron. Con todo, entre los tarahumares no se conoció el engaño en los tratos, hasta que les enseñaron esa lección los mestizos.

Lo cierto es que los hombres primitivos son tan diferentes de nosotros en sus razonamientos y en sus actos, que nos es imposible comprenderlos sin haberlos familiarizado con ellos tratándolos íntima y largamente. Por lo mismo se ha vuelto un hábito el mirarlos como á seres inferiores, falsos y desprovistos de inteligencia. Pero no debemos buscar en las razas primitivas los tipos más degradados de la humanidad, pues donde impera la depravación y se encuentran los individuos más degenerados es en los suburbios de las grandes ciudades. Los seres que viven en contacto directo con la naturaleza no son capaces de la perversión que alcanzan, en cuerpo y alma, los criminales civilizados. Á menudo es mucho más necesaria la labor de los misioneros en las huestes conquistadoras y entre los exploradores, trampeadores

ambulantes, traficantes de alcoholes y aventureros que les siguen el rastro, que entre los bárbaros de espíritu sencillo. Seguramente no existen en la tierra seres primitivos tan malvados como los que profesan el cristianismo, ha dicho James Russell Lowell.

Los indios mexicanos aceptan sin demora las enseñanzas de los blancos. Para ellos nunca es excesiva la religión, pues mientras más devoción sienten, más seguros están de conseguir lo que desean: alimento y salud. Mientras conservan la posesión de sus tierras, no se les desarraigan sus antiguas ideas religiosas, y Dios, Jesucristo y la Virgen María son puramente otros nuevos dioses que gustosamente reciben entre los antiguos; pero una vez perdidas sus propiedades, se olvidan prestamente de su religión primitiva, y con ella de su lengua, tradiciones, carácter moral, respetuosidad y satisfacción de la vida, ó sea de todo lo que constituye al verdadero indio. Los más se hacen labriegos al servicio de los usurpadores, ó forman las clases indigentes, como sucede en los barrios bajos de la ciudad de México, donde los antes orgullosos aztecas son ahora los proletarios.

No dejo de creer, sin embargo, que ya que le tocó á México sufrir el yugo de un poder europeo, fue mejor para él recibirlo de manos latinas que germánicas ó teutonas, porque en carácter y temperamento se asemejan en cierto grado los españoles á los indios. Los españoles son más acomodadizos y se avienen mejor á los climas cálidos y á los hábitos que crean tales climas. Verdad es que con su fanatismo y voracidad de oro destruyeron las antiguas civilizaciones, pero crueles é inhumanos como fueron, no les han ido en zaga otros conquistadores, ni en épocas recientes. La guerra es infernal ahora como hace cuatrocientos años. La civilización moderna es aun más intolerante al entrar en contacto con las razas incultas que lo fueron los conquistadores de México y el Perú, y hoy como entonces muestran los civilizadores igual avidez de tomar á su cargo

las propiedades de los pobres paganos, como de salvarles las almas. En las condiciones presentes, la santidad del comercio encubre los mayores crímenes.

Por otra parte, los españoles, después de subyugar á un pueblo, no le quitaban su virilidad. Expedían leyes para proteger á los indios. Éstos comprendían pronto la religión católica, cuyas formas exteriores, por lo menos, no había dificultad en establecer, y no debe olvidarse que los misioneros se esforzaban siempre en mejorar las condiciones materiales de los sojuzgados dándoles vacas, ovejas, nueva clase de vestidos, árboles frutales, etc., aunque sus buenas intenciones hayan resultado en el trascurso de los siglos de escasa utilidad para los indios.

Los españoles, además, no repugnaron mezclarse con los conquistados, y los innumerables grados de cruzamiento crearon con el curso del tiempo un nuevo tipo, al punto que los mexicanos actuales son más diferentes de los españoles que los americanos de los ingleses. Son asimismo poco preocupados contra la gente de color, pues si bien los más morenos desean ser mirados como "blancos," es porque les halaga que los consideren miembros de la clase dominante, no porque los desprecien por lo atezado de la piel. Indios de raza pura han alcanzado en México prominentes puestos, distinguiéndose como gobernadores, generales y clérigos. El íntegro Benito Juárez, hombre de corazón de león que salvó á la república de su más grave crisis, era indio de sangre zapoteca. De los autores de procedencia indígena, sólo mencionaré al admirable literato y crítico Don Ignacio Manuel Altamirano.

La influencia del indio sobre México y su destino ha sido y será siempre profunda. Indudablemente se ha beneficiado la raza con la inoculación de fuerza y pensamiento aborígenes. El indio ha impregnado de su fervor religioso á los nuevos vástagos, haciéndolos más devotos católicos que los españoles, aunque enseñándoles á la vez muchas supersti-

ciones, especialmente en asuntos de hechicería. Ha infundido también en el carácter popular cierta honradez de ánimo y apego al deber. La manera de vivir y las comidas



Benito Juárez.

de los indios están adoptadas en todo el país, bien que la arquitectura de los edificios, donde no india, es morisco-ibérica. Á la literatura hispanoamericana ha dado el espíritu nativo su peculiar originalidad y su tendencia á la

sencillez. La lengua española de México se ha enriquecido con muchas palabras indias.

Tanto se han connaturalizado los mexicanos con el espíritu del indio, que se enorgullecen de mencionar entre sus antepasados á Motecuhzoma y Cuauhtémoc, les erigen estatuas, y son, que yo sepa, el único pueblo que celebra anualmente una fiesta en honor de los grandes héroes aborígenes que se sacrificaron inútilmente en defensa de su patria, no obstante que los conquistadores fueron los verdaderos antecesores de la raza dominante.

Creo que llegará el día en que la conquista por medio de las armas se considere una barbarie, en que el procedimiento se vuelva tan noble con el fin. En realidad hay síntomas de un despertamiento de la conciencia pública para mirar en la expansión por la fuerza un método erróneo de alcanzar lo que se pretende. Mientras las naciones no se convencen de que "supremacía puede significar servidumbre" no se preocuparán los pueblos superiores en elevar los inferiores á su nivel.

Á pesar de estar reconocida la raza blanca la más alta de todas, por regla general no ha educado á las que sojuzga, pero probablemente lo hará con el tiempo. Hasta ahora, hemos visto frecuentes ejemplos de lo que Mark Twain llama "levantar abajo" de nuestro nivel. Mucho bien podría impartir á los naturales el misionero, secular ó eclesiástico, que posea el don de la simpatía por todos los hombres, por todas las condiciones humanas y supiera ponerse á la altura de la gente á quien intenta convertir.

Poco difieren las razas en cuanto á facultades. En las atrasadas, lo que principalmente falta es energía y fuerza motriz. Sucede con las razas lo que con los individuos; ambos tienen que pasar á través de una serie de etapas progresivas: el salvajismo, en la infancia; la barbarie, en la juventud, y la civilización en la edad viril. Como el niño es el padre del hombre, así las cualidades características

de las naciones más civilizadas se han desarrollado de las virtudes y vicios que tenía la tribu primitiva de que nacieron. Llama la atención que los negros de la Australia Central, considerados como los seres más inferiores sobre la faz de la tierra, sometan su conducta á un código moral, por rudo que sea.

Los que llamamos pueblos primitivos aun no han tenido el tiempo suficiente de alcanzar su pleno desenvolvimiento; son naciones en la infancia, en un estado de que los arias, por ejemplo, salieron hace muchos millares de años. Europa y América no deberían olvidar, pues, que las razas rezagadas también necesitan tiempo para desarrollar su fuerza política que en germen encontramos en donde quiera. La verdad es que no tenemos paciencia con tales razas y que pretendemos que asciendan en pocos meses á la civilización que hemos logrado al cabo de muchos siglos.

En lugar de ver en las razas primitivas á los semejantes de nuestros antiguos progenitores, para quienes deberíamos tener la obligación y el privilegio de ayudarlos á llegar á nivel más elevado, no parece sino que pensamos que existen únicamente para venderles manta, cuentas de vidrio, aguardiente y armas de fuego. Sin embargo, donde tras la conquista no ha venido el rápido exterminio de los autóctonos, han ejercido éstos poderosa influencia en sus dominadores. Dícese de los chinos, á este respecto, que han reconquistado á sus conquistadores, y los negros de América, no obstante haber sido trasportados á otra zona y encontrarse en nuevas condiciones de vida, no han dejado de influir en sus amos. El americano ordinario de hoy goza con las canciones de los negros más que con cualquiera otra música, exceptuando, quizás, sus cantos patrióticos.

Considerando, pues, la recíproca influencia entre conquistadores y conquistados, la expansión cada vez más creciente del comercio hasta los rincones más remotos del mundo, y finalmente, el rápido desarrollo de los medios de

comunicación á un grado tal de que apenas podemos tener idea, podemos percibir de qué manera se estimulará á las naciones y tribus, necesítenlo ó no, hacia un progreso gradual según direcciones y métodos que lleguen á ser generales en la evolución natural de las cosas. Siempre persistirá entre los hombres cierta diferencia debida al medio, pero es indudable que la corriente general de los destinos humanos tiende á la unificación. Ya comienza la humanidad civilizada á tener solidaridad social y estética. El desastre de la Martinica, el derrumbe del campanil de Venecia afectan al mundo entero. Si el Louvre, con sus inapreciables tesoros de arte, se quemara, las personas ilustradas de todas las naciones lamentarían la pérdida como propia suya. No puede dudarse que este sentimiento de unidad crecerá inmensamente en el trascurso de los siglos. Mucho tienen que aprender de nosotros las razas retardadas, pero mucho también nos pueden enseñar ellas: no sólo dibujos de arte ignorado, sino ciertas cualidades morales. La hipocresía cederá el paso al avance de la civilización y el mundo ganará con ello.

Es contranatural no sentir especial amor por el país donde hemos nacido, de igual modo que los hombres tienen mayor afecto á su propia familia que á las extrañas; pero tiempo es ya de que nos desatendamos del ángulo facial, del color y de la religión: rindamos pleito homenaje á todo el globo en que vamos viajando á través del universo y esforcémonos en servir bien ó mal á la humanidad, más que á nuestro propio país.